



www.loqueleo.com/ec

© 2018, Lucrecia Maldonado

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De Las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-098-9

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Septiembre 2018

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Abril 2019

Editora: Verónica Mosquera

Actividades: Lucrecia Maldonado

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación: Nancy Novillo

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



loqueleo

Índice



SEPTIEMBRE - El Club	11
OCTUBRE - Los «como yo»	19
NOVIEMBRE - La sombra en la pared	29
DICIEMBRE - El árbol amargo de los frutos dulces	41
ENERO - Sitios vacíos	57
FEBRERO - El devastado país de la sonrisa	69
MARZO - Una bala en el pulmón	81
ABRIL - Palabra de Hada (o la teoría de los siete enanos)	93
MAYO - Temores y momentos	105
JUNIO - El amor posible	115
Cuaderno de análisis	123



*Es una historia de amor imposible,
las que creo que son las mejores historias de amor.*

SEBASTIÁN CORDERO

*Yo no sé de pájaros,
no conozco la historia del fuego.
Pero creo que mi soledad debería tener alas.*

ALEJANDRA PIZARNIK

Septiembre
El Club



*Como la hoja
que el viento lleva y trae
antes de depositarla
despacito
sobre el suelo
así
mi corazón se bambolea
en medio de la soledad
que no me duele
al dejarme caer
sobre la tierra*

11

Mis papás cuentan que cuando ellos estudiaban las clases comenzaban en octubre. Con las lluvias, dicen. Mi mami cuenta, por ejemplo, que le compraban encauchados y botas para caminar por la calle bajo los aguaceros. Entonces le pregunto qué es un «encauchado» y se ríe.

La risa de mi mami es algo hermoso. Suena como agua cayendo. Me encanta cuando se ríe, cuando sonrío, y también su voz que me despierta cada mañana cantando canciones muy antiguas al preparar el desayuno:

Alma
si tanto te han herido
por qué
te niegas al olvido...

12

Es que el papá de mi mami es aficionadísimo a la música vieja de Argentina y de México y de todas esas partes. A mí, la verdad, no es que me encante esa música. Y eso que aquí, en la casa, todos somos muy musicales. Pero mi papi es más selectivo, intelectual y moderno que mi mamá.

En realidad, cuando estoy en la casa con ellos soy muy feliz. No tanto cuando voy al colegio. No tengo amigas ni amigos. Bueno, saludo y a veces converso con alguien, no es que me hostiguen o me acosen, como sucede a veces con otras chicas y chicos de otros colegios y de este mismo. Simplemente, creo que soy invisible. Me parece que, en el fondo, podría definirme por lo que no soy:

No soy popular.

No soy *fashion*.

No soy *sexy*.

No soy una *nerd*.

No soy líder (algo importantísimo en este colegio).

No soy deportista.

Nunca me han puesto una sanción disciplinaria.

Nunca seré candidata a reina de ninguna cosa.

O sea: no soy visible, ya lo dije.

Y así estoy bien, no crean que me molesta. Solo que a veces, en un colegio repleto de gente extrovertida y amistosa a más no poder, me siento sola. Sola y extraña.

De vez en cuando, me gusta escribir poemas en las últimas páginas de mis cuadernos, y también leer muchos libros de poesía en inglés y en castellano. Tal vez por eso mi única amiga es la bibliotecaria, y cuando digo bibliotecaria no me refiero a la señora muy seria que está en el escritorio de atrás de la biblioteca, sino a Rosita, la chica joven de lentes bonitos que entrega los libros en el mostrador de la entrada. Es ella quien me muestra las novedades antes que a nadie. Y fue ella quien me avisó nada más comenzar el mes de septiembre:

13

—Se va a abrir un club extracurricular de poesía. ¿No quieres participar?

—¿Usted lo va a dirigir?

—Vamos a estar Laura Montesinos y yo. Ella va a hacer la parte de escritura y yo, la de lectura.

Laura Montesinos es la profesora de Literatura de quinto y sexto, a quien todo el mundo adora. Eso lo sé hasta yo, que nunca estoy en nada.

—Ella es chévere —me dice Rosita, sonriendo detrás de sus lentes de marco rojo—, y parece que con ella hasta una piedra podría escribir poemas.

Me lo voy a pensar. Nunca he estado en un extracurricular, ninguno. Mis profesoras de Lenguaje jamás leyeron mis poemas, no se los mostré. Ni siquiera a Rosi se los he mostrado, ella cree que solo me gusta leer poesía y por eso me entrega un libro nuevo que ha llegado, aún sin catalogar (la pueden sancionar por eso, entonces le digo que mejor lo catalogue y me lo entregue después): *Poesía completa*, de Alejandra Pizarnik.

—¿Cuántos años tienes, Mina?

—Cumplí quince en mayo pasado.

Se queda como pensando, un rato. Luego sonrío:

—Tal vez ya estés lista para leer esto.

Le doy las gracias, claro. Me llevo el libro abrazado. Y también el papel promocional del Club Extracurricular de Poesía.

—Mami, este año me voy a quedar a un extracurricular.

Mi mami sonrío mientras me pasa la fuente de ensalada.

—¿Sí? ¿Y de qué?

—Es un extracurricular de poesía.

—¿De poesía?

—Sí. Vamos a leer y escribir poesía. Mucha poesía.

—Bueno, yo sé que te gusta leer poesía... pero... ¿escribir?

—Escribe, sí —dice María, la empleada.

La miro con odio. Ella se ríe:

—Hay un montón de papelitos que he recogido al arreglar el cuarto. Tengo algunos guardados.

Mi mami sonrío otra vez.

—Qué bueno que los haya guardado, María, pero mejor déselos a la misma Mina. Si ella no quiere que los leamos...

Entonces María se frustra un poco. Lo noto en la forma en que se va a seguir lavando los platos. Sigo hablando con mi mami:

—Entonces los martes voy a llegar un poco más tarde.

—¿Solo un día?

—Un día, sí.

—Bueno, mejor. Así no vas a descuidar tus otras tareas.

Sonreímos. Ya no odio a María. Pero me levanto de la mesa con la convicción de que nunca más va a encontrar un solo papelito en mi cuarto, aunque se mate buscando.

El aula para el taller es de las pequeñitas que quedan cerca de la biblioteca. Sentada al escritorio está Laura Montesinos, cariñosamente conocida por sus alumnos como «la Lauri», y cuando entro me sonrío:

—Hola.

—Hola, Lauri.

—¿Vas a venir al taller?

No dice «club», tampoco dice «extracurricular». Dice «taller».

Yo digo que sí.

—Si quieres, puedes ir a comer algo hasta que sea un cuarto para las tres.

—Ya comí. Gracias.

Sonríe otra vez:

—Bueno, entonces, si quieres, quédate aquí. ¿Cómo te llamas?

—Mina Serrano.

—¿Mina?

Esa pregunta la han hecho todos los profesores desde el día en que fui a algún prekínder del barrio en el que vivían mis papás cuando yo tenía cuatro años, o sea, desde hace como once.

—Sí: Mina.

—Como una cantante italiana, ¿no?

Así mismo. Pero es la primera persona, después de mis papás, que corrobora el dato.

—¿Usted la ha oído? —me atrevo a preguntar.

—Muy poco. ¿Tú?

—Nunca —digo, y pongo mi cara más enigmática.

Lauri se ríe:

—Ya. Yo soy Laura Montesinos.

—Sí. Yo sé. Es la profe de Lite de sexto, ¿no?

—Sí.

Un chico alto entra en el aula y deja su mochila sobre un pupitre. Saluda:

—Hola, Lauri.

—Hola, José Manuel.

Le da un beso en la mejilla, luego se vuelve hacia mí:

—Hola.

16 —Soy Mina —digo, como me han enseñado mis papás siempre que conozco a alguien.

Como hacemos todos, él también sonrío después de besarme la mejilla:

—Mina: 'mujer' en argentino —comenta—. Yo soy José Manuel Espinosa, pero si quieres me puedes decir solo José, como prefieras...

Se sienta en el pupitre junto al mío. Conversa algo con Laura y así me entero de que este club o taller es parte de un proyecto de la clase de Literatura de los chicos de sexto:

—A la Lauri le gustaron algunas cosas de las que escribimos y pensó que para este año se podía hacer algo. Pero no va a haber mucha gente, máximo hasta diez, ¿no, Lauri?

Me viene una tentación de sentirme de nuevo fuera de lugar mientras Lauri mira el reloj.

—Vamos a esperar a que venga Rosita y empezamos.

—Y a que vengan los demás —acota José Manuel.

Con algo de incredulidad, Lauri pregunta:

—¿Hay «demás»?

—Sí. Roberto, y tres o cuatro personas más.

Un rato después vienen cuatro estudiantes y Rosita.

José Manuel se ha sentado junto a mí. Raro que no lo haya visto antes, porque aunque no es deportista, ni *fashion*, ni parece de esos chicos que viven entre advertencias disciplinarias, tampoco sería para nada invisible (como yo sí soy): alto, comenzando a echar barba, de ojos color miel, el cabello castaño claro, ni muy largo ni muy corto. Es guapo. Me gusta su sonrisa.

Laura y Rosita explican la mecánica del taller: una semana, lectura y comentarios; otra, escritura. Porque un buen escritor tiene que ser también un buen lector, dicen ambas. Luego Laura enfoca sus ojos en los míos y suelta el trapo:

—Bueno, no te lo vayas a tomar como algo personal, Mina... No es que pensamos que una persona venga a este tipo de extracurricular porque sí, ya se sabe que la gente prefiere hacer deportes y otras cosas; pero nos gustaría saber por qué estás aquí, y si has traído algo escrito, que nos lo leas.

Siento calor en la cara. Debo haberme puesto roja. La voz me tiembla un poco cuando explico:

—Bueno... a mí siempre me ha gustado leer poesía. Ahora estoy con un libro de Alejandra Pizarnik que me dio Rosi, de la biblioteca. Me gusta Emily Dickinson y me gusta Federico García Lorca, y otros poetas que hemos visto en clase. Y Julio Pazos, que es amigo de mi papá...

Me atraganto. Lauri sonrío, y Rosita también, alentadora. Siento una mano en mi hombro. Es José Manuel, que me anima a continuar. Trago saliva y, más tranquila, leo un poema muy corto que he escrito en estos primeros días del año escolar:

—Como la hoja...

Cuando termino, aplauden. Aunque en los colegios la gente aplaude por cualquier cosa. José, a mi lado, sonrío con aprobación. También lo hacen Rosita, Lauri y los otros chicos. Uno de ellos, que usa lentes y es un poco gordito, me pregunta:

—¿De dónde saliste, bonita?

Mi primer impulso es preguntarle de vuelta de dónde salió él. Pero cuando miro sus ojos risueños se me pasan el desconcierto y la indignación, y le digo:

18 —Estoy en primero de bachillerato. Rosi me invitó por si quería venir...

A mi izquierda, la voz de José Manuel me sobresalta al interrumpir:

—Invitarla... ¡Si no aceptaba la invitación habríamos tenido que ordenarle integrarse al Club de los Poetas!

Me animo a contestar:

—Prefiero la invitación.

Se ríen. El que más lo hace es el chico de lentes, que se llama Roberto Córdova.

Cuando suena el timbre de fin de extras, los chicos y chicas del Club de los Poetas se me acercan, me felicitan, quieren leer otra vez el poema. Roberto y José Manuel me acompañan hasta la puerta del bus.

No me había pasado desde el kínder, yo creo, pero por primera vez termino un día de colegio sintiéndome feliz.

Extraordinariamente feliz.

Octubre

Los «como yo»



Para empezar, me llamo Mina.

Sí: Mina. Como suena.

Desde que me di cuenta de que ese era mi nombre y lo comparé con los nombres de otras personas, me he preguntado en qué estuvieron pensando mis papás cuando decidieron ponérmelo.

—Si hubieras escuchado cantar a Mina —dice mi papi—, te sentirías feliz de llamarte como ella.

Pero nunca la he escuchado. En la casa no hay un solo disco, casete, disco compacto o archivo de computadora con su voz. Nadie la busca ni en YouTube. Mina, la cantante, es una especie de referente espiritual, una entelequia, podríamos decir.

Y Mina soy yo, claro.

¿Mina de carbón?

¿Mina de oro?

¿Mina de diamantes?

Mina: 'mujer' en argentino. Eso dijo José Manuel cuando nos conocimos. Siempre lo dice y se ríe. Nos reímos.

¿Por qué a las mujeres les dirán «minas» en Argentina? Por suerte no nací ahí con este nombre. Aunque tal vez si

nacía en Argentina me habría llamado algo así como Stella Maris, Marilina o Fabiana, como Fabiana Cantilo, esa mina que canta fenomenal y a quién sí he tenido la suerte de escuchar.

Para seguir, no tengo hermanas ni hermanos. Soy eso que la gente llama, a veces compasivamente, «hija única».

Ocurre que alguna vez, durante su infancia, mi mami tuvo una enfermedad llamada Fiebre Reumática (y si la pongo con mayúsculas, con nombre y apellido, es porque así se la menciona en mi familia), y eso le dejó el corazón, digamos... sentido. Incluso cuando se casó con mi papi todo el mundo le recomendó que se conformaran con una vida en común y que para nada tuvieran hijos, o que mejor adoptaran un niño que ya existía y que necesitaba el amor y el cariño de unos padres tan buenos como los míos, que cuidaran de él. Pero cuando en los organismos destinados al control de las adopciones se enteraban de la enfermedad de mi mamá, entonces les recomendaban que mejor disfrutaran de sus sobrinos o de quien fuera y se olvidaran de cualquier cosa que tuviera que ver con hijos, biológicos o adoptados, porque eso iba a ser sinónimo de orfandad más temprano que tarde.

No saben explicarme bien cómo sucedió. Solo que un día de esos, a pesar de todos los cuidados y precauciones, mi mami descubrió que estaba embarazada. Nadie lo tomó con alegría. Solo ella y el «loco» de mi papi, como dice mi abuelita, sin saber lo mal que me sienta que considere una locura alegrarse de mi existencia. Pero en fin, qué más: a la gente mayor de cuarenta y cinco años es mejor tenerle paciencia.

Mi mamá tuvo que pasar el embarazo prácticamente recostada siete de los nueve meses que dura. Con vigilancia constante. Y además de la vigilancia, le programaron una cesárea con fecha fija y todo para que no tuviera que preocuparse por esforzarse en el parto. Entre mi mami y mi papi escogieron el 26 de mayo, entre otras cosas porque era el día en que nacieron Miles Davis y Lenny Kravitz, algo que hacía muy feliz a papá. Todo esto era un par de semanas antes de lo que habría tenido que nacer, para que no hubiera ningún tipo de riesgo de nada. Y así nací, o mejor dicho, así me hicieron nacer, un 26 de mayo de hace quince años y medio. Ese mismo día, el ginecólogo prácticamente le amputó a mi mamá las trompas de Falopio para que nunca, pero nunca, volviera a hacer este tipo de travesuras. Bueno, que hiciera otras travesuras... pero de embarazarse de nuevo, ni pensar. Así seguía diciendo mi abuelita.

También suele decir que todos contribuyeron a que, a pesar de ser hija única, no fuera una mimada ni una malcriada. Y que eso se debe a la intervención de toda la familia, porque si por mis papis hubiera sido, no veas la clase de monstruo en que me habrían convertido. Eso dicen.

Eso creen.

Porque, claro, yo no soy una chica malcriada, ni que se drogue, se emborrache, que no coma más que lechuga durante varias semanas seguidas o se haga cortes en el cuerpo para olvidar el dolor del alma. Tampoco soy alguien que se haya dado al sexo compulsivo antes de los catorce años. Pero soy otras cosas: no tengo amigas. Tampoco amigos. Bueno, ahora como que estoy comenzando a tener. Pero soy tímida en general. Me cuesta relacionarme. Antes me

costaba más: ni siquiera hablaba con nadie, y peor si eran adultos. Solo con mi mami y con mi papi.

Sin embargo, ahora que he entrado al Club de los Poetas, noto que de alguna manera por fin estoy entre gente como yo.

O sea, gente que no es como todo el mundo.

O mejor dicho, gente que no es como todo el mundo piensa que la gente tendría que ser.

Está, por ejemplo, Roberto.

22 Es el típico niño gordito al que de seguro le hicieron sufrir por su gordura todos los flacos que en el mundo han sido. Para colmo, ha usado lentes desde que se acuerda. Y de seguro todos los flacos que en el mundo han sido tienen buena vista. Va para chef, y se lo dice a quien lo quiera oír. No es tan bueno escribiendo poesía, pero, la verdad, creo que eso no le importa a nadie porque, en cambio, es bueno leyéndola y, sobre todo, trayendo de vez en cuando cositas para comer en clase. Es querendón y amable, las profes lo adoran —no así los profes— y además es el mejor amigo de José Manuel, al menos eso parece. Sin embargo, los chicos del cole no se le acercan tanto. Bueno, los que juegan fútbol, los que van para embajadores de los Modelos de Naciones Unidas y los galanes que pululan por ahí. Lo mantienen, como se podría decir, «de lejitos nomás».

Está Sebastián Rodríguez.

Facha estrafalaria, por decir lo menos. Olor sospechoso pegado a su ropa. Frases que todo el tiempo se matizan de alusiones a sustancias. Segundo de bachillerato, porque se retiró durante todo un año, y el rumor es que ese año lo pasó encerrado en una clínica de rehabilitación. Yo no pregunto.

Tal vez prefiero no saber. Su iPod transmite sonidos de ritmo marcado o gritos que se alcanzan a oír a metros de distancia. En todas las reuniones del Club se las arregla para proclamar que odia a su padre, tanto que en el fondo todos sabemos que lo extraña y lo idolatra con todo su corazón. ¿Música favorita? Extremoduro, Escorbuto, Notoken, Sudakaya, Curare... Y sus poemas, preciosos, están repletos de la oscuridad del mundo y de la desesperanza más brutal, como diría la Pizarnik, de quien me he enamorado locamente en estos últimos días.

O podríamos mencionar a Angelita Ulloa, que de Angelita solo tiene el nombre, y eso con reservas.

Lentes alargados y pequeñitos. Ropa siempre negra. Delgadez extrema. Mangas largas que esconden hasta las manos. Como yo, no tiene amigos ni amigas. Mejor dicho, peor que yo, porque yo saludo con algunos, a veces converso en el bus, nadie me tiene miedo y nadie piensa que estoy loca (al menos así parece), pero Angelita anda en una onda bien oscura, *dark*, como dirían los que creen que en el idioma castellano solamente hay conectores.

Sus poemas siempre hablan de tumbas, de vampiros, de sangre chorreando por las paredes, y la verdad a mí me sorprende mucho que Lauri y Rosi no la hayan mandado a conversar con las amables psicólogas de Orientación hace ya rato mismo (a la segunda semana de iniciado el extracurricular).

O está Juan Pablo Andrade, un niño que fue abandonado en primaria y ahora está en penúltimo año. Genio de las matemáticas, pero no habla con nadie. Igual que yo, no tiene amigos, aunque todo el mundo sí sabe quién es él.

Lleno de premios y distinciones, sin embargo, alguna vez, en confianza, ha contado que eso no es lo que lo hace feliz. Cuando escribe poesía, cuando la presenta y la lee, sin embargo, se ilumina. Habla de la soledad, de no pertenecer, de no saber hacia dónde nos vamos ni de dónde venimos, como dijo el poema de Rubén Darío que presentó, muy emocionado, hace unos cuantos días.

Y por ahí anda el Hada, del mismo curso que Juan Pablo y Sebastián. Se llama Camila López, pero todos le decimos Hada porque eso es: una persona luminosa en medio de nosotros, los que coqueteamos con alguna forma de oscuridad, aunque no sé si esté exagerando al incluirme. Un ser de sonrisa clara y cariño a raudales, pero sin ser cursi ni melosa. Escribe poemas sencillos que evidencian los avatares de su relación con un chico del grupo de los populares, experto en páginas de Internet y gestiones corporativas dentro y fuera del colegio. Pero ella misma en sí despide luz, no sé cómo explicarlo: sonrío y es como si el lugar se iluminara. Toca el piano, lo hemos visto, en algunas de las celebraciones colegiales; sin embargo lo toma con tanta naturalidad que parece que todas las cosas que hace vinieron con ella desde quién sabe qué vida pasada, si algo como eso existiera.

Y sin embargo, con toda su luminosidad a cuestas, con su sonrisa de ángel y sus manos divinas para el piano, el Hada tampoco anda rodeada de gente por los corredores. Tiene el doble o triple de amigas que yo (o sea tres o cuatro), con las que comparte comida sana en el recreo, pero no es que se la vea rodeada del plenario de la humanidad, como a otra gente. Tampoco es que esté para vicepresidenta del

Consejo Estudiantil, reina de cualquier cosa, abanderada, miembro de la Sociedad de Honor y etcétera, etcétera.

Pero tal vez sí es ella quien pone dulzura en el corazón de todos los miembros del Club de los Poetas.

Y claro, está José Manuel. Nos hemos hecho amigos enseguida. Desde el primer día. Conversamos mientras esperamos entre el timbre de salida normal y el timbre de inicio de extras. Él viene al aula y yo también, porque no me gusta ir a la cafetería ni esperar en los patios, y a él tampoco. Hablamos de películas, de música, de la familia... así. Me he ido enterando de que es el mayor de tres hijos, y de que sus hermanos son bastante menores que él: un niño y una niña que todavía están en primaria, aunque el niño ya va para terminar.

—Nos vamos a graduar los dos este año —me cuenta, y sonrío—. Solo que él de primaria y yo de secundaria.

José escribe poemas que más bien van hacia el optimismo, hacia el descubrimiento de uno, hacia las alegrías de la vida, aunque no por eso desconozca que hay dolor y desconcierto. Él es quien siempre me alienta más a presentar mis trabajos y a decir mis opiniones acerca de las cosas que leemos. El otro día, mientras bajábamos al patio de estacionamiento de los buses, me dijo:

—Tienes que ir guardando todos los poemas, porque este año vamos a sacar una revista. Queremos que este club siga, sobre todo con la Lauri, aunque los de la idea ya nos graduemos en junio.

Es octubre, pero de repente me di cuenta de que en junio Angelita, Roberto y José Manuel se irán. Y una especie de nube se me instaló en el pecho. No lo quise demostrar,